

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los sábados.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.º, dcha.

Suscripción.

Un año.....	8,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,16

Pago adelantado.

PENSAMIENTOS DEL DÍA DE DIFUNTOS

Aquí paran las grandezas del mundo.
Los grandes y los pequeños se nivelan ante la muerte, y al llegar en término fatal, vienen aquí con la triste ofrenda de sus miserias.
Sólo es noble el espíritu de los buenos, sólo es rico el que ha vivido en la virtud.

Al pasar los umbrales de la muerte, la verdad se ostenta con su aureola de luz.
Es más fácil llegar al colmo de la gloria que al colmo de la virtud; para lo primero basta con vencer a nuestros semejantes; para lo segundo hemos de vencerlos a nosotros mismos.

Orad y purificad vuestras almas en la oración, para que ella os conduzca por el camino del bien.

La más rica corona que podamos depositar en un sepulcro, no vale lo que un humilde ratiolito de buenas acciones.

Oremos por los que fueron nuestros hermanos, abráse nuestro corazón al rezo y a la plegaria, que nuestros hermanos pedirán a Dios por nosotros.

Imploremos la misericordia de Dios en favor de los que ya no existen, que ellos implorarán la gracia que necesitamos.

EN EL BORDE DE LA TUMBA

CONTRASTES

¡Sed voluptuosos de placer, de orgías;
¡Recad de una vida juvenil;
todo lo huela el frío del sepulcro!
¡Qué horroroso es morir!

¡Sacrificios, virtudes, esperanzas,
horas de prueba en que luché y sufrí;
todo lo funde con su luz el cielo!
¡Oh! ¡Cuán bello es morir...!

El cementerio.

Muchos de nuestros lectores que han hecho por tierra el viaje de peregrinación a la Ciudad Eterna, han visitado a su paso por Génova el cementerio de esta ciudad, que es indudablemente y con mucha razón uno de los más famosos de Europa. Mas ¿qué importan todas sus artísticas magnificencias? En el fondo de aquellos suntuosos monumentos y bajo aquellos labrados mármoles, hallase lo que en cualquier fosa común de la más ignorada aldea: gusanos, podredumbre y al fin un puñado de ceniza. Todo el esplendor del arte no basta para hacer olvidar ese ruín destino de nuestra parte material, antes, por decirlo así, sirve para ponerlo más de relieve. En presencia de esos ostentosos mausoleos que la vanidad humana ha alzado para perpetuar el recuerdo de tal o cual personaje, ó para darle a un ser querido una muestra de cariño, no podemos menos de preguntarnos: ¿A qué tanto lujo para encañer un puñado de polvo? ¡Venturados los que mueren en el Señor. Estos son los que descansan más honradamente que nadie, pues dan testimonio de ellos ante Dios y ante los hombres sus buenas obras, más que los elocuentes epitafios. Esto hemos de considerar cada vez que visitemos el cementerio cristiano, si como cristianos y no como gentiles y librepensadores hacemos esta visita el día de difuntos.

EL CASTILLO DE LA MUERTE

Era ayer testimonio de grandeza,
pujante fortaleza,
sólida torre, sus puentes y su foso,
dentro de cuyos muros el guerrero
entonó audaz y fiero
los cantos del combate victorioso.

Ya sin puertas, sin cubos, sin almenas,
ni señales apenas
de aquellos días de esplendor y fiereza;
por sus muros trepando va la hiedra
y en la quebrada piedra
el buho solitario se guarece.

De sus patios y extensas galerías
medrosas y sombrías,
hizo el pueblo después con buen criterio
morada silenciosa de la muerte,
y hoy el castillo fuerte
es... ¡contraste ornell... un cementerio.

Así cuando á su torre vacilante
reclama el bardo errante
los pergaminos de pasadas lizas,
su voz pérdida en el recinto hueco
sólo provoca el eco
de sepulcros colmados de cenizas.

Yo quise un día de su ilustre historia
la fenecida gloria
allí mismo estudiar, ¡junteto vano!
del castillo los nuevos moradores
se alzaron vengadores
pidiendo la justicia del profeta.

¡Qué buscas, infeliz, entre los muertos
de capidadores inciertos
la borrona memoria, me dican?
Fue todo vanidad, sombra pasada,
hemo, cenizas, nada,
¡nada, nada! los ecos repetían.

Los que lucharon poderosos Reyes
por dar al mundo leyes,
y estas torres gigantes levantaron
para hacerse, insensatos, cruda guerra,
como eran de tierra
á la tierra por último bajaron.

Registra si te place sus sepulcros
al exterior, muy picoros
de mármoles y de oro revesados,
mas sus entrañas, cual la humilde fosa
donde el siervo reposa
sólo guardan gusanos corrompidos.

No busques, pues, por estas solitudes
timbres de otras edades
con los que sueña la riqueza humana,
aquí es nada el ayer, el hoy miseria,
nauseabunda materia,
lo que serás el próximo mañana.

¡Lo que serás el próximo mañana!
la ingente caravana
de horribles calaveras repaña,
y el eco de las tumbas cavernosas,
lúgubre y temeroso
por las bóvedas altas se perdía.

En tanto el sol se oculta tras la cumbre,
de un muriente lumbre
se van borrando las doradas huellas,
y conforme anochece por el suelo
allá en el alto cielo
aparecen risueñas las estrellas.

Viéndolas se entusiasma el alma mía,
y un grito de alegría
se escapa de mi pecho, ¡por qué encanto
si no soy sino misera basura
al diviarse la altura
bañan mis ojos misterioso llanto?

Las rotas espilleras de la torre,
el arroyo que corre
inescesante á sus pies, la vieja encina
que abate el vendaval en la montaña,
la desecha caballeja
donde aybr anidó la golondrina...

Todo, todo me dice á grandes voces,
que pasan muy veloces
las cosas de este mundo, y yo con ellas,
¡por qué, pues, mi razón mirando al cielo
siento inmenso consuelo
y aliento por regiones las más bellas?

¡Por qué si en el sepulcro acaba todo
y allí no hay sino lo, lo,
con lo inmortal y lo infinito sueña,
y goza tanto cuando ve grandiosos

protegiendo la fosa
de Cristo Redentor la santa enseña?

Dormid, muertos, dormid la eterna calma,
pero dejad al alma
que suba más arriba con su anhelo,
y de glorias y luces se alimente,
su instinto no le aliente
cuando por patria le señala el cielo.

S. O. Monteslegra.

Apuntes de mi cartera.

Una cita oportuna.

Terminábamos el anterior apunte diciendo que el hermoso y católico ejemplo que han dado á Zaragoza los Congregantes en las pasadas fiestas del Pilar, ha hecho rabiar y destilar veneno á los anticlericales, como vimos en la rabiosa relación que *El Liberal* publicaba de las tales fiestas. Y terminábamos nuestro párrafo diciendo que las gentes de buena voluntad sabían sacar de estos ú otros ejemplos parecidos, provechosa edificación y enseñanza, conforme á lo que reza aquella redondilla cauderosiana que dice así:

Del más hermoso clavel,
Pumpa del jardín aneno,
La siempre saux vaueno,
La industriosa abeja miel.

Y en efecto, como anillo al dedo y como pedrada en ojo de boticario, encaja ahora en estos apuntes una página del *Manual del propagandista*, libro del cual no voyan ustedes á creer que es moco de pavo ó postal de paja, sino que es uno de los tres libros principales que ha escrito el príncipe de nuestros propagandistas Sarda y Salvany, entre tantos y tantos como han salido de su fecunda y bendecida pluma.

Dice así dicha página, copiada del capítulo 23 de dicho libro:

«El medio más general de propaganda es este del buen ejemplo.
De buena gana diera yo todos los otros medios por este solo, como lo grase hacerlo de uso general; diera todas las academias científicas, todos los libros sabios, todos los periódicos ortodoxos, todo, absolutamente todo, á un módico tanto por ciento de buenos ejemplos....»

Un buen ejemplo ¡oh! un buen ejemplo tiene más elocuencia que los más vivos discursos, más fuerza de convicción que los más bien hilados silogismos, más autoridad que los fallos de las más doctas academias. La mitad de los hombres, y la mitad, por lo menos, de la otra mitad (y aún me quedo corto tal vez) muévense á obrar en tal ó cual sentido, no por lo que oyen decir, sino por lo que ven hacer. Triste verdad, pero no menos cierta aunque triste. Aun en lo que muchas veces pensamos realizar por nuestra propia iniciativa, no somos, no, iniciadores, sino copistas....»

Todavía recuerdo sonriendo la impresión que le produjo á un caballero conocido mío, poco cristiano por desgracia, el buen ejemplo de una Compañía general, en que tomaban parte gran número de socios de una de nuestras academias católicas. Mi hombre no cesaba de mirarme á cada momento, olvidando en su asombro hasta la reverencia debida al templo del Señor. Creyendo nunca eran aquí más que comuniones generales, como tal vez aquí más que actos de mujeres, como tal vez aquí más que actos de hombres en la Iglesia. Creció su asombro cuando reparó que tales hombres se acercaban á la Santa Mesa para comulgar, y comulgaban ni más ni menos que las mujeres, sí señor, ni más ni menos que ellas. Su primera frase de extrañeza fué al salir.

—Pues, señor mío, ¡cuántos hombres había también!

—¡Vaya! le contesté yo, y ¿cómo lo está prohibido á los hombres recibir en público la Sagrada Comunión?

—¡Donal, prosiguió, ¡casi todos jóvenes! ¡y tendrán novia de fijo!

—¿Cómo no, amigo mío? Como no han de ser curas, es claro que la tendrán, y tan buena seguramente como ellos. Ya ve Ud. qué guapos y qué elegantes. Todos, ó casi todos, son del comercio y de la Universidad.

—Pues vea Ud., andaba diciéndome: aquí de los bigotazos negros que tan fervorosamente leía en su devocionario, más que de beato tenía cara de militar.

—Y ¡por qué, repuse yo, no podría tenerla de uno y de otro, es decir, de militar y de beato (digo de cristiano), sin cometer con eso ninguna falta mortal ni venial? ¿Qué más da? ¿Ores usted que sólo las mujeres y los seminaristas han de tener fe y devoción?

—De suerte que á mi ilustrado forastero le hirió más en lo vivo aquella para él extraña Compañía general, y muy en particular los atusados bigotos de algunos de los piadosos comulgantes, que si le hubiesen echado cincuenta sermones ó dádole á leer veinte tomos en folio de los mejores apologistas de nuestra santa fe. Y como no, si más que un libro y más que un predicador, le hablaba cada uno de aquellos edificantes cristianos que vío comulgar como cualquier mujer piadosa de su pueblo (que era lo que él no podía acabar de comprender) sin que por eso dejase de ver que eran hombres, y hombres jóvenes y apuestos (como los insolentes de Zaragoza que diría *El Liberal*) que no menos que él podían brillar una hora después, sin perjuicio de la modestia cristiana, en la más culta sociedad?

Hasta aquí son palabras de mi amigo y maestro Sarda y Salvany; acerca del cual, bueno será advertir, ya que la ocasión nos brinda sus gudejas, que el verdadero título del citado libro es el siguiente: *El APOSTOLADO SEGLAR, ó sea, Manual del propagandista católico en nuestros días*. Y torno á decir, sin temor de que nadie me deje por mentiroso, que este libro es uno de los tres primeros entre los mejores de Sarda.

Tanta importancia le daba al tal libro el sapientísimo Padre Luis Martín, Preposito General de la Compañía, que empezó á escribir, como él solamente solía hacerlo (en el *Mensajero* de 1886) un largo y magnífico comentario de ese libro, comentario que tuvo que suspender el sabio y celoso comentarista cuando le nombraron Provincial de Castilla, antes de ser destinado á la Secretaría de la Asistencia española, de donde luego le sacó el Señor para el generalato de la Compañía de Jesús (1).

J. Martín del Campo.

Mora de Toledo 29 de Octubre de 1907.

SUMA Y SIGUE

CONTRA LA PRENSA LIBERAL

La Asociación de Hijos de María, de Sevilla; se dirige á todas las Asociaciones de las Hijas de María de España, excitándolas á promover por todos los medios la propaganda de la Buena Prensa, y la guerra á la Prensa liberal. El documento dice así:

«Sevilla 30 de Septiembre de 1907. Sr. Director de la Asociación de Hijas de María de... Muy señor mío: Contando con el beneplácito y bendición de su Ilmo. Prelado, tengo el honor de dirigirme á Ud. para rogarle que al recibo de esta carta reuna en Junta extraordinaria, si ya no lo hubiera hecho, á las Hijas de María, y las invite á que procuren, dentro de su esfera de acción, promover suscripciones á buenas lecturas, así como restañen á la Prensa que es enemiga de Jesucristo.

No se trata, pues, de que la Asociación se imponga nuevos gastos suscribiéndoles á alguna lectura: lo que se desea es que las jóvenes incluyan en su casa, en las de sus familias, conocidos y amigos, la obligación que tienen todos los Católicos de negar su cooperación á la Mala Prensa, y procuren, por consiguiente, que dejen de ser suscriptores ó lectores de la misma, favoreciendo, en cambio, las publicaciones francamente católicas.

Asimismo ruego á Ud. que el día 15 de Noviembre vuelva á reunir á esa fervorosa Asociación para que cada joven dé cuenta del resultado obtenido por sus gestiones.

Relleña el acta que adjunto, agradeceré á Ud. que la remita al instante al Sr. Director General de las

(1) A pesar de sus 62 capítulos de nutrida lectura, el libro á que estos apuntes se refieren, sólo cuenta ochenta páginas.